

Marlano Latorre

## El angelito

### I



EL fundo, en una carreta carbonera, la enviaron al pueblo; del pueblo fué embarcada en un vagón de tercera a la capital; y a las seis de la tarde de un día de invierno, la campesina, con su chiquillo de cinco meses que no cesaba de lloriquear bajo el rebozo desteñado que los cubría a ambos, llegó a la casa de pensión de doña Pepa Talavera, muy conocida en aquel barrio de Santiago.

Acababa de subir la escalera: a sus ojos asomábase un asombro ingenuo, casi miedo; sin embargo, la cabecita de curva nariz, acusaba energía, testarudez; tendría veinticinco años y un cuerpo robusto, aunque pequeño; su pecho, en cambio, era prodigioso, redondo de leche bajo la blusa de franela; el cuerpecillo físico del niño no parecía haber aprovechado esta abundante fuente de salud.

La criada de la casa que fué a esperarla a la estación, una muchacha morena, de ágil desembarazo, oía perpleja ese llanto ronco, interminable, que fluía de la abertura violácea de la boquita, llena de los grumos viscosos de su estómago enfermo. La hizo sentarse en un sillón de junco, a la entrada de la escalera y fué a avisar a la señora.

Aumentó el llanto del chiquillo; y mecánicamente, como hacen las mujeres del pueblo, le dió el pecho; pero el niño no mamaba. Lo tapó, entonces, con su pañuelo para que el llanto no se oyese. Se había quedado a oscuras en aquel rincón; y se sintió ahí como aislada del mundo. El estrépito de un tranvía que pasaba la hizo estremecerse; y recordar, en un desfile confuso, las maravillas de la ciudad: los automóviles con su par de ojos espantables, los edificios llenos de luces, las

gentes que parecían patrones, pues nadie llevaba poncho; para ella no había duda que en la ciudad sólo vivían patrones.

Recordó bruscamente el campo, el nacimiento de su hijo, la marcha del mozo que la había prometido palabra de casamiento y no había vuelto; la decisión de la patrona, doña Tencha, de enviarla a Santiago a petición de su prima.

La muchacha ágil volvió a los pocos segundos. Subióse en el otro extremo del sillón y encendió un mechero de gas que la campesina no había notado sobre su cabeza; los ojos asombrados vieron como brotaba de la cañería, misteriosamente, un silbante abanico de luz.

—Doña Pepa ya viene, mire,—anunció lacónica y la mujer la vió deslizarse por la galería estrecha y larga, terminada en una puerta que se iluminó de pronto con una suave luz; un tripe rojo, muy angosto, hacía más largo aún aquel pasadizo; entre la línea del alero y el borde del tabique, veíase una franja de cielo oscuro, densa como un paño: allí tiritaban unas estrellitas lejanas, perdidas casi. Sentía la mujer una vaga impresión de ahogo, de falta de aire; recordaba el amplio sueño de la noche sobre la llanura. El chiquillo se había adormecido sobre el blando pecho de la madre.

Oyó voces; la puerta iluminada se abrió; una mujerota alta, rubicunda (recordó a doña Tencha y pensó que era el ama) salió hacia la galería; hablaba con recia voz, dirigiéndose a la muchacha que venía más atrás.

—¡Pero a quién se le ocurre mandar una sirvienta con chiquillo! ¡Las cosas de la Tencha!

La campesina apretó a su chico con un movimiento de defensa; y se puso de pie.

Los ojos grises de la patrona se fijaron en ella con displicencia:

—¿Cómo te llamas, niña?

Su voz agria recitó monótonamente:

—Uberlinda Farías, pa servirla.

La otra sirvienta miraba, a respetuosa distancia.

—¿Y la Tencha, cómo quedó?—Y sin esperar respuesta:—Supongo que bien, ¿no? Yo no quería una niña de mano con chiquillo, pero ya que está aquí no hay más remedio... Hay que portarse bien, porque esta casa es muy seria... ¿Es casada?

—No, su mercé,—respondió la mujer.

Los ojos de la otra muchacha pestañearon azorados.

—Bueno; la Matilde te va a decir donde dormirás. Mañana te dirán lo que hay que hacer... Supongo que no tendrás colchón, ¿no?

—No, su mercé.

—Dale la payasa que está en la despensa.

—Bueno, misiá Pepa.

El chiquillo pataleó debajo del pañuelo, berreando; la mujer lo tapó aun más; así, el llanto salía como el maullido de un gato ensacado.

Cerróse una puerta con fuerte golpazo; un jovencito fumando un cigarrillo, apareció en la galería.

La señora ordenó irritada:

—Llévatela luego a la cocina.

Al mismo tiempo contestaba risueña el saludo del joven que echó una rápida ojeada a aquella mujer de campo que desentonaba, con su rebozo y su chiquillo llorón, en el ciudadano ambiente de la casa.

—No olvide la novela del Mercurio, Alvarez, no?

A lo que una voz melosa, insinuante, replicó:

—No, señora; hoy no me olvidaré.

## II

La Uberlinda no se acostumbraba a esta vida de casa de pensión ni a los pensionistas, estudiantes que se reían de sus modismos rústicos y de su modo de andar, golpeado y áspero como un trote de caballo; ni a sus compañeras de servicio. De todas, ella era la más pobre. La cocinera, una señora en su concepto; y Matilde, la otra criada, tenían su catre, su velador y sus vestidos; ella, en cambio, dormía en el suelo sobre la payasa agujereada cedida por la patrona, con su chiquillo que se había enflaquecido aun más. Lloriqueaba durante la noche, con la persistencia de una gotera, sin probar aquella leche que redondeaba magníficamente los pechos de su madre. Sus pobres intestinos llagados, disolvíanse en sucias mucosidades y la Uberlinda, enconada por el insomnio, oía desde su camastro los siseos de desagrado de sus dos compañeras que no podían conciliar el sueño, a causa de la queja del pobre chiquillo enfermo.

No, no podría acostumbrarse nunca: aquellos días ateridos, iguales, en el rincón de la casa, entre la cocina y el comedor, la entristecían con

la modorra de un mal incurable; creía estar dentro de una caja, colgada de un cerro, desde donde se divisaba solo un trozo de cielo gris, frío e inmóvil; allí no podría sanar su Chulito. Creía que al niño le falta aire, el aire vivificador del campo; luego, una vida callada, sin conversaciones, sin amistades, sin bautizos ni matrimonios; su concepto de la vida era otro. Desde la mañana a la noche había que hacer camas, y barrer habitaciones, y acarrear jarros de agua, a cada voz de los pensionistas que la reclamaban desde sus cuartos. Doña Pepa hacía sonar su gruesa voz de mando, desde muy temprano, pero sin levantarse de su cama; la Matilde, con gran ruido de enaguas limpias, corría desde la pieza del ama a la cocina, de la cocina al comedor, del comedor al almacén con una prisa incansable. Oía a veces el llanto ronco de su hijo, en el húmedo cuartucho, sin poder soltar el cabo de la escoba; entonces la angustia apretaba su garganta como si algo muy duro se hubiese atragantado en ella y no lograrse pasar.

Este cambio de su vida, determinado por la religiosidad de doña Tencha, considerábalo un castigo; así lo había dicho el padre, en las misiones llegadas al fundo el día de Pascua. La culpa, sin embargo, no era de ella, sino del mal hombre que no había venido en esa época a cumplir con su palabra, como lo había prometido. Estas ideas no tenían la forma de un remordimiento; eran más bien resultado del sino, de la mala suerte; a todas les pasa lo mismo en la campiña: es culpa del aire y de los tragos que se beban; luego las cosas las arregla el misionero, las más de las veces o no se arreglan; la vida no cambia por eso.

Notaba que una atmósfera hostil formábase a su alrededor; no era ella, sin embargo, la causa. Sus palabras, sus gestos, provocaban más bien la risa de los alegres estudiantes; era el llanto de su chiquillo, que resonaba en la casa durante la noche y hacía revolverse en la cama, desvelados, a aquellos burgueses sin hogar; era como el estorbo del camino que impide continuar el viaje al que va apurado; sus compañeras, por recibir las molestias allí mismo, en el cuarto infecto; la señora porque aquel llanto desabrido, ronco, desesperado desacreditaba su negocio; en aquella casa no se dormía bien, sencillamente; luego, el cuidado del chiquillo robaba algo del trabajo de la muchacha.

El llanto del mocosito pesó sobre todos como una obsesión; a una solterona, que dormía en una pieza cercana, le dió una noche un ataque de nervios; el pobre pequeñuelo se hizo célebre. Los pensionistas quisieron

conocer aquel conjunto de berridos que se había interpuesto desagradablemente en sus vidas equidistantes e invariables. Todos hacían un gesto de asco, se recogían con remilgos de gente limpia al ver aquel atadito de huesos endebles, a los cuales se adherían pedazos de carne blanda, blanquecina, botado en la payasa llena de roturas por las que asomaban hojas de maíz; de entre esas encías sin color salía el interminable grito dolorido que llenaba las noches de la casa de pensión; la madre, con los ojos llameantes, encandilados como una gata en celo, los veía llegar sin entender a lo que venían; un odio atroz encendía su alma, hacía temblar las aletas de su nariz de peuco, por los patrones que se divertían con la enfermedad de Chulito.

Y aquel mocoso, hijo del instinto, de la naturaleza bravía, nacido quizá para ser un vigoroso bracero de los campos se consumía, por oscuro designio de la casualidad, en un cuarto sucio donde se paseaban los ratones y cuyas paredes decoraban largos rosarios de baratas en las primaveras.

### III

A fines de Julio, en las heladas noches del invierno santiaguino, el chico se agravó. La situación de la muchacha en la casa era mejor, sin embargo; los pensionistas se habían acostumbrado ya a la nota triste de aquel llantito que venía desde el fondo de la casa. Les hizo gracia el chiquillo, de carita arrugada como la de un viejo que, con tales bríos, se resistía a morir; y luego, la madre, con su voz chillona, su paso torpe, sus increíbles polleras almidonadas era una nota de color en el ambiente gris de la casa de huéspedes.

La señora hizo venir un médico, sobrino suyo; o mejor, se aprovechó la visita del estudiante para que viese al niño.

—Está frito,—dijo con un gesto;—es un catarro crónico; pero los niños son como los pajaritos, a lo mejor resucitan.

Chulito no mejoró. El jarabe recetado por el médico lo arrojaba metódicamente la Uberlinda al balde de las aguas sucias. En su cerebro había tomado posesión esta idea, con profundas raíces: el muchacho debía morir por haber abandonado el rancho; allí, con un bebedizo cualquiera, la meica de la hacienda lo habría mejorado.

Una noche su llanto tornóse lastimero, como si, al fin, se hubiera cansado de llorar: era una queja de pájaro herido; casi un pío el que se

escapaba por su garganta, llagada a fuerza de gritar al mundo la minúscula tragedia de sus intestinos destrozados; súbitamente, se calló.

Y el silencio, en el cuarto y en la casa, pareció condensarse en nieblas espesas, angustiosas; la vieja cocinera dió vuelta al quemador de la lámpara, cuya mecha conservaba una chispa de fuego; miró hacia la cama. Chulito ya no gritaría más; la agonía cerró herméticamente su boquita viscosa y azuleja; sus largas uñas se habían clavado en la piel salpicándolas de rayitas rojizas como huellas de diminutos insectos.

La Uberlinda se abrazó del pequeño bulto blanquizco del niño; sollozos convulsivos apretaban su garganta, deshaciéndose luego en gritos agudos, estrangulados, donde flotaron palabras incoherentes; gritos que llenaron el silencio de una alarma salvaje.

La Matilde se había levantado en paños menores; y trataba de consolarla; sus palabras acusaban un ruego humilde, temeroso:

—Cállese por Dios, que se van a despertar los caballeros; la señora se va a enojar, mire.

La cocinera, medio erguida en su lecho, miraba a la mujer restregándose los ojos, cargados de sueño.

Doña Pepa apareció en la puerta del cuarto; la precedía una vela cuya llama temblorosa mostró la cara roja, cubierta de una lustrosa capa de pomada; unos cachirulos, enrollados en papeles, alrededor de la frente, formábanle una diabólica aureola.

Aunque se daba cuenta de lo que sucedía, preguntó con inquieta premura:

—¿Qué hay, Matilde, qué hay?

Y Matilde respondía molesta:—Que se le murió el chiquillo a ésta, —como descartándose de la culpabilidad que le podría corresponder en el escándalo.

Los gritos de la campesina eran a cada instante más desgarradores, más destemplados. Doña Pepa cerró la puerta para que, al menos, no se oyesen en toda su trágica algazara.

—¡Qué se irán a imaginar los de la otra casa, gimoteó desconsolada!

La Matilde comentó con su voccecita suave:

—¡Ni que la estuvieran matando, por Dios!

Trataron, luego, de apaciguarla; pero en vano. Cumplía una misión superior, al desahogar su pena en esos sollozos sin lágrimas; así

habían gritado varias generaciones de mujeres, en el campo, cuando morían sus chiquillos.

La cocinera propuso desde su lecho:

—Métnle un paño en la boca.

Rápidamente, Matilde, con la ayuda de la patrona, introdujo la toalla sucia en la boca de la mujer indefensa; los gritos se apagaron paulatinamente como si se alejasen.

Doña Pepa y sus criadas respiraron satisfechas; la cocinera acortó la llama humosa de la lámpara que devoraba ávidamente la mecha.

La mujer se adormecía, fatigada, al lado del cuerpecillo rígido.

• • •

A la hora del almuerzo la solterona, con estridente voz, protestó por esos gritos intempestivos.

La señora explicó amablemente:

—Era esa huasa lesa que le dolían las muelas. Le pusimos esencia de clavo y se le pasó...

#### IV

Al día siguiente se le presentó a doña Pepa un conflicto más grave. Volvió a maldecir a la prima Tencha que había escogido la huasa más tonta del fundo para enviársela.

La mujer, enfurruñada, sin peinarse, enrojecidos los ojos por el insomnio, quería velar a su chiquillo; era la costumbre, explicaba al oír la negativa de la patrona; si no el angelito se condenaría.

Doña Pepa trató de imponerse autoritariamente:

—¿Cómo se le ocurre, niña? Esas son cosas del campo; aquí no se vela a nadie.

Pero la mujer se cubría la cara con sus manos, y su llanto escandaloso, chillón, salpicado de palabras sin sentido, comenzaba de nuevo. La patrona, impaciente, fuera de sí accedió al velorio; ella correría con los gastos, pero sin que se enterase nadie; los pensionistas debían ignorar que el niño había muerto; sobre todo la solterona que era una vieja loca; pero que pagaba bien; podía creer que había muerto de algún mal contagioso e irse de la casa.

La mujer calmábase; sus ojos no estaban humedecidos por el llanto; parecían más bien helados y duros como bolitas de cristal; replicó altivamente:

—Nu'es na peste, señora; es empacho no más.

—Si, niña, ya lo sé... pero esta gente es tan...

Esta frase vaga era en doña Pepa la explicación de todo; el resumen de su experiencia de vieja patrona de casa de huéspedes.

La Matilde traía en ese momento la solución salvadora; la idea era otra vez de la cocinera.

—Doña María dice que se puede velar al angelito abajo, donde el maestro Hilario.

A doña Pepa le brillaron los ojos. La burguesa tranquilidad de sus huéspedes no sufriría menoscabo; el largo desfile gris de las horas no experimentaría interrupción alguna.

Uberlinda y Matilde bajaron a la calle, al taller de zapatería del maestro Hilario, instalado en una cochera, a cinco pasos de la puerta. Era un viejo largo, de barba rubia entrecana; allí estaba sentado en una silla baja, frente al banquillo lleno de estaquillas y zapatos viejos; sus ojos azules recibían risueños, a través de unas gafas brillantes, la proposición de velar al angelito en su taller, sin gastos para él.

La mujer, que preparaba el almuerzo detrás de un tabique de gancho, asomó la cabeza cana, interviniendo en la conversación:

—Hay que ir a buscar la guitarra donde la Sinforosa.

Las dos mujeres quedaron de traer las velas en la tarde; el maestro Hilario haría también el ataúd; la medida iría a tomarla el mismo.

Y en la penumbra del anochecer, mientras los pensionistas comían alegremente, el pequeño hijo de los campos, bajo el rebozo desteñido de su madre, envuelto en su mortaja de trapos sucios, se deslizó por la galería hacia el taller del maestro Hilario, sin turbar la quietud de los pensionistas de doña Pepa Talavera.

En la franja de cielo, espesa como un paño, entre el borde del alero y la línea del balcón, curioseaban las estrellas como siempre.

Durante la noche, la solterona se revolvió en su lecho, desvelada, por el estruendo de la remolienda que resonó monótonamente hasta el amanecer. Se durmió, pensando reclamar a la dueña de la casa por la mala vida del zapatero de abajo.

A la mañana siguiente, envuelta en su rebozo, la Uberlinda esperaba que se levantase doña Pepa para tornar a su tierra. Volvía del cementerio, a donde fué acompañada del maestro Hilario que llevaba bajo el brazo el ataúd, forrado de percalina negra; ella había comprado una coronita de papel. El chico fué sepultado en un rincón del cementerio general; en la cruz, el maestro había escrito con lápiz el nombre de su hijo: Chulo Farías; ella puso la corona en las aspas de la crucecita hecha con las tablas amarillas de un cajón de azúcar.

Cabeceaba, presa del sueño, sentada en la cama; los ojos fijos en la payasa donde había muerto Chulito. En su cerebro, se abría el amplio horizonte de la campiña. Muerto el chico, doña Tencha no pondría dificultades a su regreso al fundo.

La Matilde se había acercado dos veces al cuarto; repitió por tercera vez la misma frase:

—Ahora debe quedarse, ya que está libre, mire. La patrona no va a querer que se vaya.

La mujer chillaba con terca obstinación:

—Tengo qu'irme no más... tengo qu'irme no más... d'esta casa donde mataron a mi niño... Tengo qu'irme no más.

La otra protestaba:

—No sea mal hablá, mire... La señora le trajo hasta el doctor...

Y las voces se elevaban, se hacían agudas como aullidos; era una algarabía que llenó toda la casa; los estudiantes se asomaban a medio vestir, a las puertas de sus cuartos.

Doña Pepa llegó a calmar la pelea. Era inaudito: esa huasa había revuelto sin consideraciones el cristalino remanso de su vida: ésta era ahora un torrente desatado; la halló, botada en la cama, retorciéndose como una poseída, entre alaridos histéricos.

Uno de los pensionistas rugió desde la galería:

—Que le saquen la muela, *oña* Pepa.

Este *oña* le sonó a la patrona como un insulto; era una alusión irónica a su dignidad de ama.

Abandonó, exitadísima, el rincón donde aullaba y se arrancaba las greñas ásperas aquel cardo de los cerros, cuyas espinas dejaron huella imborrable en la casa de pensión.

Al otro día, era a principios de Agosto, la Uberlinda volvió a su

rancho, a las orillas del Longaví; sin el chiquillo; pero bajo su blusa temblaban siempre, sus pechos robustos, rebosantes de vida.

• • •

Quince días más tarde un estudiante la recordó durante el almuerzo; se habló de la comicidad de sus palabras, de sus pasos hombrunos, de sus vestidos pintarrajeados.

Alguien preguntó:

—¿Y el chiquillito que parecía un mono de yeso?

Doña Pepa observó desde su trono de patrona, en la cabecera de la mesa:

—Se murió dos días antes que se fuese la china.

—Entonces, aquellos gritos por el dolor de muelas?

Respondió con una sonrisa:

—Eran por el chiquillo, claro!

MARIANO LATORRE